

ción política, en el que, como agentes socializadores, no representan solución de continuidad. Por una parte, posiblemente es difícil hablar de un proceso de socialización en una sociedad tan heterogénea como la mexicana; los datos mismos del análisis muestran grupos bien definidos que no sólo tienen niveles diferentes de información política sino también acceso muy desigual a fuentes que pueden proveerla; quizá sería más exacto hablar de una serie de procesos de socialización política, en los cuales la comunicación de los medios se percibe de acuerdo con diferentes tipos de selectividad y de actitudes preexistentes al mensaje. Por otra parte, no parece siquiera haber el uso consciente de los medios como instrumento que pudiera contribuir a la formación de un sentido más acusado de unidad o de identidad nacional, como sugiere Pye en la observación de algunos países en proceso de maduración política, o si lo hay, no parece ser apreciablemente efectivo; no hay un alto grado de coherencia si los medios son sólo un reflejo más o menos simplista de la organización del sistema político, que se percibe en diferentes niveles con actitudes muy diversas que la comunicación no parece tender a cambiar. Puede haber un grado de congruencia con los procesos de socialización si quiere entenderse por tal la repetición de ciertos valores reales que

tienen operatividad en la cultura política de partes apreciables de la población, y sobre los cuales sabemos relativamente poco. En ambos casos, reflejo o repetición, el análisis de la función de los medios en este trabajo parecería confirmar la baja autonomía de los subsistemas sociales y la cultura fragmentada que Almond y Powell sugieren en el caso del sistema político mexicano.

Estas observaciones de ninguna manera quieren sustraer a la apreciación que ya ofrecemos sobre la valiosa contribución que este trabajo representa; por el contrario, nos parece que de él surgen las posibilidades de investigar algunos aspectos que aquí se mencionan como caminos de probable interés para análisis futuros. Queda, ya sugeríamos, la necesidad de definir el modo, el grado y la orientación en que la familia y su situación, los medios de comunicación y los sistemas educativos, influyen comparativamente en el proceso de socialización política; igualmente, en qué sentido los sistemas de comunicación y educativos son un reflejo de las sociedades en que operan y qué posibilidades reales tienen en el proceso de cambio social. El trabajo de la señorita Acosta Urquidí es un muy promisorio comienzo.

Fernando Estrada Sámano
Centro de Estudios Educativos

M. A. Danilov, *El proceso de la enseñanza en la escuela*. Traducción al español de Luis Abollado Vargas. Edit. Grijalbo, S. A., México, D. F., 1968 (341 pp.).

Este libro es un manual didáctico en el que se exponen las principales tesis en que se apoya el trabajo docente de la *enseñanza secundaria completa*, en la URSS. Ésta incluye, en relación con el plan mexicano de educación, la enseñanza primaria, la secundaria y la preparatoria o vocacional.

El educador americano, acostumbrado a modelos de educación basados en

ideologías positivistas, neo-positivistas o existencialistas, podría pensar que el proceso de la enseñanza en la escuela soviética seguiría rumbos distintos.

Desde luego, Danilov afirma enfáticamente que la escuela soviética ha perseguido, a partir de la Revolución Social, objetivos y propósitos muy distintos de los que siguen las escuelas de la sociedad capitalista. Sin embargo, llama la atención el que un intérprete de la educación comunista base muchas de sus conclusiones en algunas tesis de K. D. Ushinski, pedagogo soviético anterior a la Revolu-

ción. Crítica, asimismo, algunas escuelas soviéticas porque no logran desarrollar “el espíritu de actividad y de independencia”, condiciones esenciales para un trabajo creador y activo en la sociedad.

Podemos creer que “el principio rector de la enseñanza y de la educación en la escuela secundaria habrá de ser un nexo íntimo de la enseñanza con el trabajo, en la construcción práctica del comunismo” (pp. 19 y 20). Sin embargo, el proceso de la enseñanza, tal y como lo analiza Danilov a partir de la práctica docente en las escuelas de Moscú, apenas se aparta de los moldes de *currículum* que sostienen las escuelas americanas. Incluso toma muy en cuenta los intereses y características individuales del educando. Rechaza, por supuesto, “las tradiciones de la vieja escuela” con su dogmatismo, su método oral y su tendencia a disociar la enseñanza de la vida de trabajo, sin tomar en consideración ninguno de los avances ni de los logros de la educación occidental moderna.

La práctica docente de la escuela soviética se enfoca fundamentalmente a la capacitación para el trabajo. “La esencia de la enseñanza en la escuela soviética consiste en pertrechar a los alumnos con los fundamentos del saber, en los cuales está sintetizada la experiencia de la humanidad, y en crear circunstancias propicias para la asimilación de estos conocimientos, estimulando todas las facultades de las generaciones jóvenes, que empiezan a vivir. Sólo por tales procedimientos pueden ser capacitadas para el trabajo creador en la sociedad” (pp. 27 y 28). Este trabajo creador se obtiene mediante la enseñanza escolar combinada estrechamente con la participación en las labores productivas, desde muy temprana edad.

La escuela y el mundo del trabajo (fábrica, granja, comercio) funcionan como un todo para lograr la construcción práctica del comunismo. Por ejemplo, una iniciativa de la escuela secundaria de Ermishinsk (1959) consistió en que los alumnos realizaran prácticas experimentales sobre los siguientes temas:

1. La eficacia de la fertilización cálcica de las tierras césped y “podzol” hipercálcicas.
2. El papel de la mezcla orgánica mineral para el cultivo del maíz.
3. La influencia de la profundidad de la plantación de la patata sobre el rendimiento.
4. La selección experimental de la patata de Lorch y Berlihingen.
5. Eficacia del empleo de los abonos minerales nitrogenados en el cultivo del maíz.

El valor de estos experimentos no se redujo al aumento de la cosecha en la parcela de experimentación escolar: los resultados fueron sometidos a un atento análisis en una asamblea de *koljoz*, en la que participaron los maestros y los alumnos más activos.

El proceso didáctico se debe basar en un proceso dialéctico que vaya del conocimiento objetivo a la aplicación práctica de éste; de la aplicación práctica al análisis de los hábitos mentales y aptitudes, corroborados en la práctica mediante un procedimiento de crítica y autocrítica, y de este análisis a nuevos conocimientos, hasta que el alumno pueda lograr una síntesis personal de los campos del conocimiento.

El valor educativo fundamental, y al parecer el único que se vislumbra a través de las páginas del libro de Danilov, es la capacitación del alumno para un servicio útil y productivo en la sociedad. Éste debe ser “creador” por cuanto el progreso de la ciencia, de la inventiva y de la innovación requiere que los alumnos aprendan no sólo la síntesis, sino también los resultados obtenidos por las ciencias, sino también los métodos para conseguirlos.

Estos métodos están íntimamente ligados a la *lógica de cada asignatura*; esta lógica es dialéctica, ya que obliga al concepto a iluminarse por medio de la contradicción, hasta que la mente pase de la oscura diversidad a la simple diversidad de las nociones, y de allí a una diferencia esencial hasta su contraposición. Estas contradicciones y diferencias esenciales se convierten en fuerzas motrices para adquirir nuevos

conocimientos y constituyen la base del trabajo creador.

El sentido y el propósito de la estimulación del alumno debe consistir en alentar su curiosidad, en traducirla en un afán consciente de *estudiar sistemáticamente* las bases de la ciencia y de aplicar los conocimientos asimilados en la vida y en la actividad práctica.

Estos conceptos, traducidos al lenguaje de las nuevas teorías de *currículum*, se sitúan en la línea de cambio que ha experimentado, durante la última dé-

cada, la escuela americana: la didáctica centrada en las estructuras del conocimiento. Ahora bien, una organización así del proceso educativo exige flexibilidad e imaginación y libertad de acción dentro del sistema educativo formal, condiciones que difícilmente podrán hallarse en el ámbito de una concepción utilitaria y exageradamente funcionalista de la educación.

José T. Guzmán

Centro de Estudios Educativo

Bremauntz, Alberto ***Autonomía Universitaria y Planeación Educativa en México***. México: Alvear Hermanos Impresores, S. A., 1969 (214 pp.).

Este libro contiene una interesante y desorganizada mezcla de opiniones subjetivas, datos y experiencias personales. El autor ha ocupado una serie de puestos públicos en Michoacán, ha sido rector de la Universidad Nicolaíta, diputado y senador suplente.

Tres son los temas principales del libro: la universidad, la educación política, y la planeación económica y educativa.

A) LA UNIVERSIDAD

Comienza diciendo el autor que la falta de planeación educativa ha creado una anárquica producción de profesionistas, técnicos e investigadores, y ha desvirtuado la razón de ser de la universidad. Considera que el objetivo primordial de las universidades es hacer participe a todo el pueblo de los servicios derivados del más alto nivel científico logrado por la universidad. Añade que las universidades, además de desarrollar el conocimiento, deben orientar cívica y políticamente a las juventudes para acabar con los regímenes tiránicos y opresores, capitalistas, imperialistas y colonialistas, que necesitan transformarse por medio de revoluciones violentas. Esto

casi equivale a decir que la Universidad debe ser un campo de entrenamiento para las guerrillas.

El autor sugiere después algunas de las medidas inmediatas que deben tomarse para mejorar la situación universitaria en México. Sus recomendaciones son meras enunciaciones que aparecen esparcidas a lo largo de su obra y que carecen de lógica interna y encuadramiento teórico. Propone, por ejemplo, la democratización de las universidades y la supresión de las juntas de gobierno: la instauración de un servicio social obligatorio antes y después de titularse los alumnos; el intercambio cultural con todos los países, particularmente con los socialistas.

Pasa, después de recorrer la historia de las fundaciones de las diversas universidades en México, a analizar el concepto de la autonomía universitaria. Para Bremauntz, la autonomía universitaria debe estar sujeta a condicionamientos ideológicos muy determinados. Así, está de acuerdo en conceder la autonomía a las instituciones de enseñanza superior que pugnen abiertamente por llevar la nación mexicana al socialismo. Pero ataca violentamente a "los sectores clericales y contrarrevolucionarios", y les niega el derecho a la libertad de cátedra.

La "autonomía" propuesta, entonces, implica la existencia de un poder político irrestricto que tenga la función de vigilante ideológico y decida quién es reaccionario y quién progresista.